

Autorretrato de Olga Poblete

El 17 de julio, a los 91 años, murió Olga Poblete, una mujer insoslayable en la historia social de Chile de este siglo.

Catedrática universitaria, figura importante del movimiento femenino, dirigente del movimiento por la paz, organizadora de protestas contra la dictadura militar, fue una figura lúcida y tenaz en muchas batallas democráticas.

Olga Poblete fue asimismo maestra de varias generaciones de profesores de historia en el ex Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Colaboró también activamente con "Punto Final", estimulando el quehacer de nuestra revista.

El redactor de PF Luis Alberto Mansilla, la entrevistó en París en 1986. Por primera vez ella habló de su historia personal, porque Olga Poblete se caracterizaba por una excesiva modestia y no le gustaba hablar de sí misma. En esa conversación trazó su autorretrato que ahora tiene el valor de un documento y que publicamos como homenaje a su inaudible trayectoria humana y política.

Usted que ha escrito y hablado sobre tanta gente de la historia del pasado y el presente, no es mucho lo que ha dicho sobre sí misma. ¿Dónde transcurrieron sus primeros años?

"Es curioso: a los historiadores de profesión nos cuesta hacer nuestra propia biografía. Tal vez es un complejo frente a la gente realmente importante de la que nos ocupamos. Nací en el norte, en Tacna. Mi madre, Luisa Poblete, era de una familia pobre, de trabajadores 'en lo que viniera'. Sus hermanos eran numerosos y sólo uno alcanzó a llegar a las humanidades. Era el intelectual de la familia. Mi padre desapareció apenas nació y fui la única hija de una valerosa madre soltera. Ella se fue a Santiago, tal vez pensando en mi destino futuro. Entonces era muy joven y, además, hermosa. Conoció a unas amigas que hacían unos cursos de parteras en el hospital San Borja y decidió inscribirse en ellos. El escándalo en la familia fue mayúsculo: mi abuelo y mis tíos le decían que era una profesión inadecuada para una muchacha, que con eso alejaba sus ya limitadas posibilidades matrimoniales. Ella aprobó muy bien los cursos y empezó a trabajar en el hospital por las noches. La hostilidad familiar fue todavía peor. Se vio obligada a abandonar ese oficio. Entonces empezó a trabajar como costurera en su casa. Algunas tiendas le solicitaban blusas, chalecos, vestidos. La recuerdo encorvada de la mañana a la noche en la máquina de coser. Mis primeros paseos por el centro de la ciudad fueron cuando la acompañaba a dejar sus costuras. Tenía un carácter decidido y fuerte, no se amilanaba frente a las dificultades y ni siquiera el estigma de ser madre soltera, que los demás le hacían sentir a menudo, la confundía. Además, le gustaba leer y ésa era su única distracción en los escasos ratos libres. Se casó cuando yo había cumplido los dieciocho años y era estudiante en la Universidad. Sólo entonces consideró que había realizado una parte de sus deberes para conmigo. No quiso para mí un padrastro en mis primeros años".

UNA MUCHACHA FORMAL

Usted fue al liceo, dio bachillerato e ingresó a la Universidad de Chile. ¿Por qué eligió ser pedagoga?

"Fui alumna del Liceo de Aplicación, donde los estudiantes de Pedagogía de la Universidad de Chile hacían su práctica. Pasé el bachillerato con buenas calificaciones. No pensé en otra profesión que no fuera la pedagogía. El tío con el cual vivíamos y mi madre aprobaron esa decisión: era un oficio que daba status, que hacía respetable a una mujer. Antes se empeñaron en que fuera pianista y me inscribieron en el Conservatorio Nacional. Iba a largos balbuceos en el teclado después de las clases en el liceo. Eso me cansaba. Aprendí a tocar piano, pero me di cuenta de que no sería jamás una buena intérprete. Me gusta mucho la música, pero carezco de la vocación, que



es indispensable en los artistas. En el Pedagógico me inscribí en las asignaturas de Historia, Geografía y Francés. Yo era una joven formal y tímida que cumplía estrictamente con su deber de estudiar para no defraudar a su esforzada madre".

¿De manera que usted era una 'matea'?

"Sí, en cuanto a que era una estudiante con buenas notas, que aprobaba todos los exámenes. Pero no era el tipo intelectual. Fui la capitana de un equipo de basketbol, me atraían los deportes y ponía en ellos una pasión física que me sorprendía a mí misma. Mi única desventaja en el basketbol era mi estatura pequeña, pero las otras integrantes del equipo también eran menudas. Al mismo tiempo era integrante de un equipo de excursionistas. Íbamos los fines de semana a explorar la cordillera, llevábamos carpas y dormíamos allí en pleno invierno. Mis conocimientos de piano sirvieron para animar algunas veladas estudiantiles. Por supuesto, no interpretaba a Chopin o Mozart, sino tangos de moda. Gardel empezaba a hacer furor. Acompañaba también a una soprano lírica muy buena. Su fuerte eran las canciones de Osmani Pérez Freire".

LA MAESTRA SALE AL MUNDO

¿Y cuándo empezó a ejercer como profesora de Historia y Geografía?

"Recibí mi título en 1928. En vista de que no había ninguna posibilidad de trabajo en Santiago, me presenté a un concurso para optar a una plaza en el liceo de Constitución. Ofrecían un horario de Historia completado con clases de dibujo. Acepté porque tenía absoluta necesidad de ganarme la vida. Estaba en marcha la reforma educacional que contemplaba -entre otras materias nuevas- clases de educación cívica y economía en la enseñanza secundaria. Antes de ir a Constitución me ofrecieron unas horas de clase de tales asignaturas en un liceo de Santiago. Fueron mis primeras lecciones. Tenía diecinueve años y mis alumnos mayores la misma edad y más cuerpo que yo. Eran unos salvajes que nunca callaban y a los cuales me resultaba muy difícil imponerme. Regresaba a casa llorando. Me decía a mí misma ¿qué clase de profesora voy a ser? Temblaba cuando aparecía en la sala tan revuelta por los insubribles alumnos. Finalmente logré imponerme.

Cuando restablecí el orden me pareció la mayor victoria obtenida hasta entonces. Era amiga en el Pedagógico del profesor Eugenio Pereira Salas, que puso el grito en el cielo cuando supo que me marchaba a Constitución. Dijo que era una barbaridad que alguien con tan buenas dotes se fuera a vegetar a provincia. Me obligó a ir a hablar con don Luis Puga, jefe del Departamento de Historia. Me contrataron entonces como ayudante del Departamento de Geología. Me alegré mucho: había sido buena alumna de geología; me interesaban las rocas, las montañas, los metales. Con el profesor Juan Brieger habíamos hecho muchas excursiones científicas. En la cordillera descubrimos fósiles milenarios y en los cerros del Cajón del Maipo restos marinos. Todo eso era deslumbrante y desconcertante. Brieger era dueño de la geología en el Pedagógico y guardaba una ayudantía para el profesor Humberto Fuenzalida, que se perfeccionaba en Europa. En espera de su llegada ocupé su cargo. Esto ocurría en plena dictadura del general Ibáñez. La Universidad entera estaba alborotada".

EL LICEO MANUEL DE SALAS Y EL MEMCH

¿Su carrera pedagógica era interesante o rutinaria?

"Fue rutina hasta cuando ingresé con tiempo completo al Liceo Experimental Manuel de Salas. Hasta entonces tenía que buscar horas de clases para ganar mi subsistencia en establecimientos fiscales o privados. La destacada pedagoga Irma Salas fue designada directora de ese liceo, que realizaba interesantes y nuevas formas de enseñanza. Se encontró con que el Departamento de Ciencias Sociales era un desastre. María Marchant, que entonces era allí profesora de inglés, sugirió mi nombre para reorganizar ese trabajo y fui nombrada de inmediato. Esto ocurrió en 1935. Me di a la tarea de organizar los comités de profesores y alumnos, los diarios murales que informaban de los acontecimientos de Chile y el mundo, las discusiones sobre los grandes problemas de la sociedad chilena. Era un ambiente muy abierto, muy libre y yo me sentí allí a mí misma aunque el trabajo era mucho. Adquirí una conciencia definitiva de la docencia y su compromiso social y

político. Sin embargo me resistí a ingresar a algún partido político a pesar de que recibí insistentes invitaciones de mis colegas radicales, socialistas y comunistas”.

“Su resistencia a militar en algún partido también se extendió a las organizaciones del magisterio o a las asociaciones femeninas”.

“Sigamos con el orden del tiempo: el Frente Popular terminó por despojarme de toda reticencia ante los compromisos. Entendí que era la única muralla que le podía oponer al fascismo, el único camino para avanzar en el desarrollo del país y desprendernos de los dominios de una clase cadaque ya había hecho su experiencia histórica y sólo existía para conservar sus privilegios. Además, don Pedro Aguirre Cerda había sido maestro, era de tipo popular, un representante más o menos típico de las capas medias de provincia. Hice todo lo que estubo de mi parte para contribuir a su victoria. Y fue una gran alegría para mí su elección en octubre de 1938. En el liceo mi colega María Marchant siempre me reprochaba mi marginación de las organizaciones en las que ella actuaba desde hacía tiempo. Era una mujer energética, dinámica, exigente. Sus alumnos la adoraban, aunque ella no era dulce ni complaciente. Era imposible eludirla, me llevó casi de la mano al Movimiento de Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH) que realizaba grandes campañas por los derechos de la mujer. Allí estaban Elena Caffarena, Lily Garafulic, Marta Vergara, Amanda Perotti, Aída Yávar y otras mujeres que eran profesionales, artistas, sindicalistas. Por supuesto, uno de sus motores era María Marchant. Estaban organizando una gran exposición sobre la historia de las mujeres en Chile y me dieron de inmediato importantes tareas. Se inauguró en el Museo Histórico y fue hasta el presidente de la República y su esposa. Las luchas del MEMCH eran progresistas y concretas. No tenían nada que ver con organizaciones similares que mostraban un feminismo estrecho y pintoresco. Presionaban por el término a la discriminación de las mujeres en los servicios públicos, por la igualdad de salarios, por el derecho a voto, por la supresión de los impuestos a los alimentos para los niños, etc. Fue una ‘memchista’ entusiasta y hasta me convertí en oradora, no obstante mi horror por la retórica y la gesticulación de los que hacen discursos”.

“Nos estamos alejando de su casamiento y quizás de sus amores juveniles. ¿Podemos hablar de eso?”

“Mis amores juveniles no fueron muy numerosos. Creo que en el Pedagógico no fui para nadie ‘la buena gris y el corazón en calma’. La verdad es que no me gustaban tanto algunos intelectuales que se me aparecieron. Uno era muy libre y siempre estaba en las nubes. Otro era demasiado revolucionario verbal y en buenas cuentas no hacía nada valeroso. Preferí a un joven deportista que formaba parte de un grupo de amigos con los que hacíamos excursiones los fines de semana. Tenía a su cargo una peleruñita familiar en la calle San Pablo, era un buen lector y sus sólidos principios morales me parecieron más valiosos que los títulos profesionales que no poseía. Recordé que su padre habló conmigo cuando anunciamos en 1934- el matrimonio. Me dijo: ‘Usted es una señorita univer-

sitaria y Humberto sólo un peluquero; pienso dos veces en el paso que va a dar, después puede arrepentirse y eso sería malo’. No era necesario pensarlo más. Lo único importante era que nos amábamos. El matrimonio dura ya más de medio siglo, tenemos dos hijos y nietos, y hemos sido felices”.

EN EL CORAZÓN DEL IMPERIO

“Usted ganó una beca para hacer estudios en EE.UU. ¿No se deterioraron entonces sus relaciones matrimoniales?”

“Eso fue en 1945. Postulé a la beca con pleno consentimiento y apoyo de mi marido. Era difícil de ganar porque eran muchos los aspirantes y sólo se concedía una plaza por cada país latinoamericano. Fue un acuerdo de una reunión panamericana realizada en Buenos Aires. Se pretendía que los pedagogos conocieran métodos modernos de educación acordes con el avance técnico y con principios dinámicos y científicos. Llegué a fines de agosto de 1945 cuando Hiroshima y Nagasaki todavía ardían. Me recibí, afortunadamente, una profesora que había trabajado con nosotros en el Manual de Salas. Viví en New Jersey y esa profesora me ayudó mucho. Mi inglés era desastroso. En diez meses debía hacer un

“Fue diferente en cuanto me decidí a entregar más tiempo y energías a luchas que era indispensable dar en Chile. Era inevitable enfrentar al imperialismo, nuestro enemigo principal. A pocos días de mi regreso, en octubre de 1946, se realizó un foro sobre América Latina en la Federación de Estudiantes. El primer orador fue Hernán Ramírez y después me anunciaron a mí. Puse mucho énfasis acerca de mis conclusiones sobre el imperialismo y fui vitoreada por los estudiantes. Después del acto avanzó desde el fondo de la sala un personaje que me abrazó efusivamente. Era Pablo Neruda, a quien yo sólo había visto de lejos con gran admiración. Dijo: ‘¿Quién eres tú? ¿De dónde sale esta mujer?’, y le ordenó a Delia: ‘Tienes que invitarla inmediatamente a comer a casa’. Me encontré muchas veces con el poeta y esa vez la invitación se cumplió efectivamente. Nuestra relación fue siempre muy cordial y estoy segura que él influyó decisivamente para que me otorgaran después el premio Lenin de la Paz”.

CHILE BAJO PINOCHET

“¿Su intuición no le hacía temer el peligro de una dictadura fascista en Chile, como último recurso para aplastar el proceso que inició la Unidad Popular?”



OLGA Poblete, derecha, con su gran amiga y compañera de luchas, Elena Caffarena de Jiles.

“Con honestidad debo decir que, así como mucha gente, yo no preví tal tragedia ni siquiera después del bombardeo de La Moneda y de la muerte del presidente Allende. Nos parecía que un régimen fascista era posible en cualquier parte menos en Chile. Incluso después de la instalación de la Junta creíamos que eso era pasajero, que no tardaríamos en regresar a la normalidad constitucional. Tuve la evidencia de que no sería así cuando comprobé que el querido Pedagógico -nunca lo pude denominar de otra manera- era destruido. Los mejores profesores fueron expulsados, también centenares de alumnos. Se instalaron allí soplones de la CNI en todas las cátedras. Los más mediocre y torcidos individuos fueron designados en las escuelas claves. Finalmente desapareció hasta la Facultad misma, atomizada en pobres escuelas funcionales al servicio del modelo de los Chicago boys. Era -al comienzo de la dictadura- una mujer de sesenta y cinco años con muchas reservas de energías. Me fui enterando de los asesinatos, de la desaparición de gente querida, como Fernando Or-

tiz, de las torturas, de los campos de concentración. Me sentí sola después del exilio de tantos colegas entrañables y de la falta de comunicación con quienes por razones de seguridad no me llamaban siquiera por teléfono. En ningún momento pensamos emigrar con mi marido. Me dije ‘algo tengo que hacer’, pero no sabía por dónde empezar”.

“¿Cómo empezó?”

“Un día una amiga vecina me dijo que su hijo escolar le había pedido llevar a almorzar a uno de sus compañeros que se desmayaba de hambre durante las clases. Se dio cuenta de que había muchos otros a los que les ocurría lo mismo. Sus padres habían sido detenidos o eran simplemente cesantes. Otras vecinas empezaron a hacer lo mismo: por lo menos una vez a la semana los niños con hambre podían comer normalmente. Me interesé en el asunto y llegué a la conclusión que eso no solucionaba el problema. Organizamos en el barrio una canasta alimenticia calculando lo que un niño podía consumir en un día. Esta iniciativa creció, se multiplicó, respondió al ardiente deseo de ‘hacer algo’ de gente como yo. Por otra parte, las mujeres de los presos y los desaparecidos empezaron a salir a la calle. Eran heroicas sus huelgas de hambre, sus manifestaciones en los tribunales, en el centro de Santiago, en las puertas de las iglesias y de los edificios públicos. Me invitaron en 1976 a la celebración del Día Internacional de la Mujer en el Auditorium Don Bosco en la Alameda abajo. Me encontré con un local repleto de mujeres con una decisión fervorosa de enfrentar a la dictadura. Pensé que allí estaba también mi lugar. Este nuevo movimiento femenino fue adquiriendo formas. Ayudó mucho el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical, que atrajo a las mujeres trabajadoras. Ya no eran sólo los héroes familiares de los presos y desaparecidos. En otra ocasión, una periodista nos invitó a Elena Caffarena y a mí para que le hablaríamos del MEMCH a un numeroso auditorio de mujeres jóvenes. Nos miraban como curiosidades históricas, no tenían la menor idea de lo que había sido ese movimiento. Se interesaron en todo lo que dijimos y creo que al final ya no les parecíamos unas antiguas de izquierda. Elena me dijo después: ‘¿Por qué no editamos un libro sobre el MEMCH? Puede ser útil para crear un amplio frente de mujeres’. Pusimos manos a la obra, acudimos a nuestros ahorros, nos ayudaron otras personas y el libro salió. De ahí todo cuerpo la idea de ese nuevo movimiento de que hablaba Elena. Acudieron mujeres de todos los sectores. Nosotras queríamos ser sólo espectadoras o activistas de pequeñas cosas. Pero ellas nos dijeron: ‘Ustedes son las que saben’. Hubo largas reuniones para determinar el nombre del movimiento. Las proposiciones se sometieron a votación democrática hasta que ganó por mayoría la denominación MEMCH 83 porque ese fue el año de la fundación. Nos unimos al Comité de Mujeres por la Vida y organizamos a fines del 83 un acto enorme en el Teatro Caupulicán. Sólo hubo mujeres. A todos nos pareció que era como una fuerza nueva que tomaba nuestro relevo con más creatividad, con coraje, con mayor amplitud” ●